

Noticiario

MIEMBRO ACADÉMICO.

Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile fué designado don Enrique Molina el año pasado. Y en el acto de incorporación del nuevo Miembro Académico de esa Facultad, se pronunciaron dos notables discursos. Uno, del profesor del Instituto Pedagógico, don Claudio Rosales, y otro del señor Molina que, ahora se publican en breve volumen, que corresponde a una tirada aparte de ATENEA.

En palabras pulcras, mesuradas y al propio tiempo impregnadas de admirativo entusiasmo, don Claudio Rosales recibió a don Enrique Molina. Trazó con rasgos felices y certeros una silueta en la que puso de relieve las condiciones del hombre, del pensador y del educacionista. Hizo un análisis justo y merecido de su obra y un elogio de su fe, de su perseverancia, que en la trayectoria de la vida de don Enrique Molina constituyen un hermoso ejemplo de honestidad ciudadana y de virtudes humanas. De un sistema consagrada al servicio de la cultura y de un elevado idealismo que en todo momento se ha traducido en el bien hacia sus semejantes.

El señor Molina contestó al señor Rosales con un discurso que, sin elogio, puede considerarse como una brillante pieza literario-filosófica de extraordinarias proyecciones espirituales.

por la riqueza de sus ideas y la solidez de sus conceptos enunciados desde puntos de vista que siguen la órbita terrible y complicada de todos los problemas que inquietan el pensamiento contemporáneo. La cultura filosófica del señor Molina no es precisamente lo que contribuye a darle la principal importancia a este magnífico trabajo, porque la esencia espiritual de su propia personalidad se manifiesta tan vigorosamente definida, como la obra de aquel tallador chino que labró una columna bellísima donde había de colgarse una campana. Porque el señor Molina es una autoridad, una figura de primera magnitud en cuestiones filosóficas. Con sus obras, como aquel obrero chino que cita en su discurso ha levantado también una columna en cuya cúspide hay ya una campana que tiene sonos robustos para proclamar sus méritos eminentes. Es un varón ilustre que honra a la tierra en que nació.

CANTO AL PUENTE DE OAKLAND.

La Universidad de Stanford de California, acaba de publicar en un elegante volumen el hermoso poema de Jorge Carrera Andrade, poeta ecuatoriano que ha alcanzado justa nominación por la fuerte originalidad de su expresión que acusa un temperamento de gran hondura emocional.

En la poesía de Carrera Andrade abundan las cosas de color y de sentimiento. Buena prueba de esta afirmación es su libro «Registro del mundo» en el cual ha reunido lo más significativo de su obra, a la que sabe darle un acento personal y novedoso ajeno a influjos extraños.

Su «Canto al Puente de Oakland» demuestra excepcionales condiciones de poeta de alto vuelo, moderna sensibilidad en la cual se plasma una poderosa inspiración. No busca Carrera Andrade fórmulas confusas y retorcidas, para expresar su canto. Hay en él, por el contrario, esa espontánea sencillez, clara y profunda, que aprisiona ideas y sentimientos. La mo-

dernidad de su expresión no se tortura. Es siempre claro y hondo. Y sus metáforas se yerguen con esa seguridad vigorosa de una existencia en plena salud espiritual.

Copiamos para los lectores de ATENEA, las tres primeras estrofas de su «Canto al Puente de Oakland»:

Nada pueden contigo el mar con naves,
los asaltos del tiempo
en invasora herrumbre convertido,
atleta mineral o zócalo del cielo,

y te lanzas seguro de ti mismo
con recto impulso permanente y alto
sobre la patria azul de la gaviota,
por tus ángeles férreos escoltado.

Tu piedra hace una aérea travesía:
a tu llegada, una isla va a tu encuentro
con verdes muchedumbres diciéndose al oído
anécdotas del viento.

El volumen en el cual la Universidad de Stanford publica el «Canto al Puente de Oakland», contiene además una versión al inglés del mismo poema de Eleanor L. Turnbull.

MUNDO SIN MUERTE.

Esta novela, originalísima, por la forma en que ha sido escrita por su autor, el escritor norteamericano Bertram D. Wolfe, recuerda al «Manhatan Transfer» de John Dos Passos. Acontecimientos inesperados salen al encuentro del lector que de pronto se encuentra con treinta páginas, cada una de las cuales no contiene otra cosa que el encabezamiento de una información de diario en la que se da cuenta del experimento

sensacional de un médico, que lucha por desentrañar el misterio de la muerte.

Seguimos en ella, en vertiginosa sucesión, todos los acontecimientos cotidianos que llegan por medio de noticias dispersas: el rumor de la calle, transmisiones de radio, diálogos y trozos de informaciones de prensa. Siempre actúan los mismos personajes, al revés de lo que ocurre en el libro de Dos Passos, en el que a cada rato nos salen al encuentro gentes que no conocemos pero que se agitan dentro de la gigantesca ciudad, con todo su séquito de problemas, de tragedias y de esperanzas.

En esta novela de Bertram D. Wolfe, nos parece estar escuchando el divagar de un loco, cuando salta de un hecho a otro, sin que por de pronto se vea la conexión que hay entre ellos. Causan la impresión de una imaginación enferma, por donde pasa en funambulesco tropel una serie de estrafalarias visiones, de palabras incóexas y sin sentido que sin embargo, al final, tienen una explicación y una consecuencia.

En la nota editorial de Ercilla que es la casa que ha publicado esta novela, se explica que esta obra iba a publicarse en Inglaterra, lo que no fué posible por haber estallado en esos mismos días el conflicto europeo. Después de muchas vicisitudes el libro fué recuperado por el autor quien consiguió editarlo en Nueva York. Y la primera edición fué quemada por el propio editor temiendo la venganza de algunas empresas de pompas fúnebres que podían sentirse aludidas en la sátira que contiene uno de los capítulos. Pero se salvaron dos ejemplares. Uno de ellos sirvió para hacer la traducción que ahora publica Ercilla y que es la única que circula en el continente.

FROILÁN URRUTIA.

La Editorial Nascimento acaba de publicar una nueva novela de Juan Modesto Castro, autor de «Aguas estancadas»

novela que alcanzó un gran éxito de crítica y de librería. En esa novela, Juan Modesto Castro se mostró como un gran conocedor de las costumbres de nuestro pueblo. La sala común de un hospital sirvió al autor como punto de reunión de una cantidad de tipos interesantes que contaban, cada uno a su manera, los episodios que les tocó conocer, o aquellos de que fueron actores. De esta manera Castro logró realizar un libro que sin duda tiene un alto interés humano, pero en el cual no hay un argumento sostenido que le confiera aquellas condiciones que según el concepto clásico requiere una novela.

«Froilán Urrutia» es la pintura de un minero. Un hombre de aventuras que cuenta en su pintoresco lenguaje, todo lo que ha visto y oído en una larga existencia de andanzas cordillera adentro. Froilán Urrutia es uno de los personajes que llevan dentro de su propia personalidad, todo el material de innumerables cuentos y novelas que sirven al autor, para ir en su compañía describiendo el misterio de la superstición, del mito y de la leyenda cordillerana. Y en la narración hay gracia nativa, sabor costumbrista, detalles breves del paisaje que acentúan su carácter vernáculo y le dan esa peculiar condición que singulariza al relato criollista.

Juan Modesto Castro no demuestra, sin embargo, habilidad para dar formas variadas a sus narraciones. Cuenta en forma primaria sin preocuparse de buscar la manera, o técnica, de dar realce al relato y elevarlo en su calidad artística. Se obsesiona con los hombres y los sitios por donde pasa y le falta imaginación para poner su parte de artista que crea un escenario y le da una perspectiva siempre nueva a sus personajes. Casi es un defecto en él, su prodigiosa memoria a la cual subordina todo lo que cuenta. En esta forma cae en lo monótono. Las páginas son la repetición de las anteriores, pues nunca pone en ella la poesía del ambiente. Esa poesía de que está anegado el paisaje de Chile y que no sabemos por qué rara circunstancia la sensibilidad de Castro no percibe en ningún momento.